



CAPITULO X.

SENTENCIA DE JESÚS.

Jesús, cautivo, fué llevado sin ruido al palacio del gran sacerdote. El secreto de su arresto había sido bien guardado. Nada se sabía en Jerusalem de lo que pasó en la noche. La tropa volvió á bajar el valle del Cedrón, atravesó el torrente y tomó el camino que costea las murallas de la ciudad al Sur, dirigiéndose hacia Sión.

Todo estaba concertado de antemano contra Jesús. El complot debía ser ejecutado sin vacilación, sin tardanza, pero con todas las formalidades legales á las que esos devotos legistas daban tanto valor.

El suegro del gran sacerdote, un cierto Hanan, parece haber desempeñado un papel importante en la elección de las medidas tomadas. El era el jefe del partido saduceo y de la familia, quien en ese tiempo suministró más grandes sacerdotes.

El palacio de los Hanan estaba sobre el camino que conduce al de Kaifás.

Se le mostró el cautivo al anciano. El pudo regocijarse del

éxito de ese complot que él había dirigido. Judas debió estar con los que habían arrestado á Jesús, y él tendió la mano para recibir el precio de su traición. Los treinta denarios de plata prometidos, hacía dos días que los tenía.

No se hizo sino una breve detención en la casa de Hanan: los instantes estaban contados. Ante Kaifás es en donde debían tener lugar la comparecencia y el interrogatorio preliminar de Jesús.

El palacio del gran sacerdote estaba situado sobre el Sión. Como todas las moradas de los príncipes, se componía de un cuerpo de fábrica y de dos costados accesorios. El espacio cerrado por esos edificios formaba el patio interior, el "atrium," al que se entraba por un pórtico. Una escalinata daba ahí acceso.

Recuérdase la palabra de Kaifás en la sesión en la que los miembros del gran consejo deliberaron respecto al partido que se debía tomar contra Jesús: Es preciso que un hombre muera para la salvación del pueblo. Era él quien iba á presidir el tribunal; la suerte del acusado era fácil de preveer.

Sin embargo, después del tumulto y la fuga precipitada de los discípulos, Pedro se había acercado á los que llevaban á Jesús, y siguió de lejos á la escolta. El amaba á su Maestro; una fuerza secreta le atraía sobre sus pasos; él quería saber lo que iba á ejecutarse.

Llegado á la ciudad, cerca del palacio pontifical, un discípulo oculto de Jesús se unió á él. Los documentos no le nombran; se puede sospechar á José de Arimathea. Miembro del Sanhedrín, él era conocido del gran sacerdote. Cuando la tropa, encargada de arrestar á Jesús entró en el atrium, el discípulo le siguió, mientras que Pedro se quedó afuera, en la puerta. Lo cual, visto por el discípulo anónimo, vino á hablar al portero, y Pedro entró.

¹ Juan, XVIII, 14.
² Juan, XVIII, 15-16; Luc., XXII, 54 y sig.; Mat., XXVI, 17 y sig.; Marc., XIV, 53 y sig.

Un brasero estaba encendido en medio del patio. La noche era fría. Los criados del pontífice, los guardianes del Templo que habían tomado parte en el asunto estaban sentados al redor del fuego. Pedro estaba con ellos, esperando el fin del interrogatorio.

Kaifás presidía el tribunal en una de las salas del palacio que cala al patio. El se puso á interrogar á Jesús respecto á sus discípulos y respecto á su doctrina. Pertenece al Sanhedrín hacer la pesquisa de las sectas y de las doctrinas nuevas. Jesús, para la alta asamblea no era sino un fautor de secta y un hereje. Queríase la confesión de su boca.

El acusado se defendió respecto á ser el jefe de una sociedad oculta y el propagador de ideas que temían la luz.

—“Yo he hablado siempre abiertamente,” respondió, “yo siempre enseñé en público, en la Synagoga y en el Templo y todo el pueblo se reunía; y yo nada he dicho en secreto. “Entonces, ¿por qué me interrogáis? Interrogad á los que han escuchado lo que yo les he dicho. Estos,” añadió, mostrando á sus jueces que le habían tantas veces interrogado, “éstos saben lo que yo he dicho.”

La respuesta de Jesús, rehusando satisfacer el deseo del gran sacerdote, pareció una falta de respeto. Uno de los criados, queriendo lisonjear y vengar á su amo, dijo á Jesús:—¿Así es como tú hablas al pontífice?

El le abofetó.

Jesús soportó el ultraje, y con una dignidad y una dulzura sobrehumanas:—“Si yo he hablado mal,” dijo al insultador, “maniféstamelo; pero si yo he hablado bien, ¿por qué me hieres?”

Toda su doctrina había sido enseñada en público, sus mismos jueces habían sido sus oyentes, él nada había dicho á sus discípulos que no le hubiera dicho á todos: ¿por qué interrogarle? Ante los poderosos, la mayor culpa de los débiles es tener razón; si el débil tiene el valor de afirmar y de probar su derecho, ese valor es para los poderosos como una injuria,

y siempre hay cerca de ellos algún criado cortesano que aspira al mérito de vengarle.

El interrogatorio capcioso no habiendo terminado, los miembros del Consejo, los jefes de la clase sacerdotal, buscaban algún falso testigo para motivar una condenación á muerte; porque era la muerte del acusado la que se quería.

Muchos falsos testigos sobornados expresamente, acaban de deponer contra Jesús; pero sus testimonios, cuyo tenor lo ignoramos, no bastaban para apoyar una sentencia capital. En fin, se presentaron dos; el uno llevó esta acusación:—Este dijo: Yo puedo destruir el Templo de Dios, y reedificarle en tres días. El otro confirmó la deposición del primero:—Sí, nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré el Templo hecho por el hombre, y después de tres días, yo reedificaré uno que no será de mano de hombre.

Estas palabras oían á blasfemia; podíase considerarlas como ofensivas á la casa de Dios. El respeto de los Judíos por la morada de Jehovah llegaba hasta la superstición: toda injuria al Templo era castigada de muerte. La asamblea no estuvo de acuerdo respecto á la culpabilidad de semejante lenguaje.

Sin embargo, el gran sacerdote interpeló á Jesús; se levantó en medio de sus colegas y le dijo:—¿Nada respondéis á todo lo que éstos os reprochan y deponen contra vos?

Jesús callaba.

¿Para qué hubiera hablado? El no podía confundir á los falsos testigos: no tenía ningún defensor. No podía convencer á sus jueces; ellos estaban asociados para condenarle á toda costa.

Entonces, Kaifás puso solemnemente la cuestión decisiva:—¿Sóis, le preguntó, sóis el Cristo, el Hijo del Dios bendito? Responded, yo os conjuro en nombre del Dios vivo.

Jesús, quien, en su vida pública, había evitado tomar ese título de Cristo, tan falsamente interpretado por la opinión po-

pular y hasta por los mismos doctores, pero quien siempre se había afirmado como el Hijo de Dios, ante el pueblo, los Fariseos y los emisarios del Sanhedrín; Jesús, quien no había obrado, enseñado y vivido entre ellos sino para establecer una filiación divina, interpelado por el gran sacerdote y convencido que su respuesta iba á ser su sentencia de muerte, no vaciló en romper el silencio y en dar á la verdad un testimonio supremo.

—“Yo lo soy,” respondió, “y un día veréis al Hijo del Hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios y viniendo sobre las nubes del cielo.”

Esta declaración solemne reunía toda su doctrina respecto á su persona y respecto á su obra, y ella recordaba á sus jueces lo que les ofendía más: la participación del Hijo del Hombre á la potestad misma de Dios,—su verdadera divinidad.

El acusado se elevó hasta la altura de Dios; y al anunciar á sus jueces, según la palabra del profeta, su vuelta sobre las nubes, él les significaba que ellos comparecerían algún día ante su tribunal.

El escándalo estalló.

El gran sacerdote, en señal de dolor, desgarró sus vestiduras. No se trataba de examinar los derechos del acusado al título de Mesías, de examinar á los testigos. La pretensión á la gloria incommunicable de Dios, la usurpación de la Divinidad era evidente; jamás se había oído semejante blasfemia.

—Vosotros le habéis escuchado, dijo, él ha blasfemado ¿para qué tenéis necesidad de testigos? ¿Qué os parece?

La deliberación no fué larga. Todos, al instante, le juzgaron digno de muerte. Ni uno de los miembros presentes al interrogatorio, ni uno de esos doctores que no pudiera ignorar, sin embargo, la doctrina de los profetas sobre la divinidad del Mesías, se levantó para defender á Jesús, para reclamar en su favor ni una moratoria que hubiera permitido comprobar sus

títulos; si José de Arimatea estaba allí, debió guardar silencio, convencido que ninguna oposición podía tener la fortuna de ser respetada.

Que los Saduceos escépticos, á la manera de los grandes sacerdotes como Hanan y Kaifás, hayan clamado al blasfemo, al oír á un hombre hablar de su igualdad de potestad con la de Dios bendito, se explica; pero los Fariseos letrados son inexcusables. Si ellos habían, también ellos, alterado la enseñanza profética, ellos habiendo hecho traición á su mandato; y, si ellos creían en la dignidad divina del Mesías, ellos no tenían derecho de clamar al blasfemo. Aquel que se daba por tal debía ser juzgado por sus actos y su vida; ahora, el acusado que estaba en su presencia había multiplicado á sus ojos todas las pruebas de su misión.

El odio cegaba á esos titulados jueces. El poder tiránico que perseguía á Jesús quería su muerte: sobre un texto de ley ciegamente aplicado ellos fundarán su sentencia.

—El blasfemador de Dios será exterminado, decía el Levítico: ahora, atribuirse la gloria incommunicable de Dios es la mayor de las blasfemias; este es el crimen de Jesús, á no ser que Jesús sea el verdadero Mesías, porque el Mesías es el Hijo de Dios, según los profetas. El deber del Sanhedrín era entonces proceder oficialmente al examen de los títulos mesiánicos de aquel á quien citaban ante su tribunal.

El Sanhedrín no lo ha hecho: él violó la justicia; y al invocar contra el acusado, sin exámen preliminar, la ley de blasfemia, él se expuso á decretar de muerte no solamente al inocente, sino al Hijo de Dios mismo.

El es culpable, y lleva la responsabilidad del más grande de los crímenes, si el crimen se mide por la santidad, por la dignidad, por el derecho inviolable y soberano de aquel contra quien se ejecutó.

Terminado el interrogatorio, era aun noche plena. La pa-

labra final contra Jesús: El es digno de muerte! circuló en el palacio de Kaifás. Esta fué entonces una escena horrible, un desencadenamiento de ultrajes.

Se escupía sobre él; se le ponía un velo en el rostro, se le abofeteaba, diciéndole: Cristo, profetizanos pues, ¿quién es el que te ha pegado? Los satélites le dieron de bofetadas, brutalmente. Y se le abrumó de toda clase de blasfemias.

Ese cautivo encadenado y ya consagrado á la muerte debió haber sido sagrado. Allí no había piedad para Jesús. El odio con el que las autoridades le perseguían parecía saciarse contra él por las brutalidades de sus esbirros.

Pedro, mientras que se interrogaba á su Maestro, había permanecido en el patio, calentándose en el bracero con los criados; ahora, una criada del gran sacerdote, aquella que le había introducido, se acercó á él, y habiéndole mirado, le dijo: Tú también, tú eres uno de sus discípulos; tú estabas con Jesús el Nazareno? Pedro lo negó delante de todos:

—Mujer, yo no le conozco absolutamente; yo no sé lo que dices.

Viéndose reconocido, abandonó el patio y fué bajo el vestíbulo.

El gallo cantó por la primera vez.

Otra criada le vió y se puso á mostrarle á los que allí estaban:—El era de esas gentes, decía. Sí, él estaba con Jesús el Nazareno.

Pedro volvió hacia el bracero, en medio de las guardias, como para mejor alejar la sospecha; pero mientras que él estaba de pie, calentándose, alguno le dijo:

—¿Acaso no eres tú uno de sus discípulos? Si, tu eres de esas gentes.

Se le perseguía con esta cuestión, y Pedro siempre negaba:—No, no, yo no soy! Y él juraba que no conocía á ese hombre.

Una hora transcurrió. La asamblea había levantado la se-

cción. Se condujo atado á Jesús al atrio. En este momento, Pedro estaba asediado por la misma cuestión.

¿Eres tú del número de los discípulos del Galileo?—Sí, decían los asistentes, tú eres de esos, tu acento lo revela bastante.

Uno de los criados del gran sacerdote, el pariente de aquel á quien Pedro había cortado la oreja, le dijo:—¿No te he visto en el jardín?

Entonces, Pedro por tercera vez:—Hombre, dijo, no se lo que dices. Y se puso á jurar con anatemas execrables: No, no conozco á este hombre del que me habláis.

Aun no acaba, cuando en el instante mismo cantó el gallo otra vez.

Jesús, relegado en el patio en un rincón, se volvió hacia Pedro y le miró.

El efecto de la mirada de Jesús fué inexplicable.

Simón se acordó que él le había dicho: “Antes que el gallo cante dos veces, tú habrás renegado de mi tres veces.” Su alma quedó trastornada. El abandonó la casa del gran sacerdote, llorando con amargura.

Es preciso que Jesús conozca todos los dolores. Esa negación repetida de Pedro fué para él, en esta hora en la que era juzgado digno de muerte, más cruel que su misma condenación. El primero de sus apóstoles, aquel que él había designado como el jefe de su Iglesia, le negó, no le conoció. Aquel que le había confesado solemnemente como al Cristo, el Hijo de Dios vivo, hoy le llamó “ese hombre,” él no quería ser su discípulo.

¡Insondables designios de Dios! Con ese renegado y sobre él será fundado el Reino del Cristo. Aquel que es se sirve del que no es para cumplir su obra. Llegará el tiempo en el que Pedro será transformado; hoy tiene miedo de la chusma de un pontífice; él no temerá nada más tarde, cuando el Espíritu de su Maestro le haya invadido. El reniega de él, actualmente, pero su fe se hará indefectible; él experimenta su

debilidad, pero él conocerá toda la fuerza de Dios, y sabrá padecer la miseria de los que debe gobernar.

Por la mirada de Jesús, las lágrimas amargas corren de su corazón despedazado, y comienzan ya su renovación.

La ley en vigor, en esta época, exigía del Sanhedrín, en el pronunciamiento de las sentencias capitales, que la alta asamblea no juzgará antes de un interrogatorio preliminar, destinado á instruir la causa. Evidentemente para conformarse á ella, el gran sacerdote Kaiás, reunió á algunos de los miembros del Consejo supremo. Ya hemos visto cómo fué instruida la causa de Jesús. Algunas horas más tarde, llegada la mañana, antes de la salida del sol, la alta asamblea, que debía decretar la pena de muerte contra el acusado, se reunió en el Lischat—ha—Gazith, cerca del atrio de los paganos.

Jesús fué conducido allí por la escolta que le había arrestado. Este momento fué un rescate; el le arrancó de esa detención en el patio de Kaiás, en donde no le fué economizado ningún ultraje. Pero hasta su último suspiro, sus tormentos van á ir aumentando, y beberá sin murmurar el caliz hasta las heces.

Compareció en presencia de la alta asamblea. Todos los miembros ahí estaban: grandes sacerdotes, ancianos, escribas y doctores. Se le quitaron sus cadenas; y en pie ante sus jueces, fué intimado á decir si él era el Cristo.

El respondió:—“Si yo os lo digo, no me creeréis; si yo interrogo, no me responderéis y no me absolveréis.”

El fallo está ya dado en el espíritu de esos hombres; Jesús lo sabe, y él les da el motivo de su silencio. El no se defenderá, como tendría el derecho; él no discutirá; no es la verdad y la justicia lo que ellos quieren, es su muerte.

El afirmó de nuevo su dignidad mesiánica bajo el rasgo que

¹ Middath, ch. V.

ya les había escandalizado; él habló de su gloria divina próxima, de su autoridad igual á la de Dios; este fué el reto del Hijo de Dios al hombre y del acusado inocente á sus jueces.

—“En lo de adelante,” les dijo, “el Hijo del hombre estará sentado á la derecha de Dios.”

Entonces, todos clamaron:—¿tú eres, pues, el Hijo de Dios? El respondió—“Vosotros lo habéis dicho, sí, lo soy.”

Esta era la blasfemia que este tribunal íncuo esperaba y quería de los labios de Jesús. La sesión fué cerrada inmediatamente, y la sentencia de muerte pronunciada por unanimidad. Todos se levantaron. Jesús de nuevo fué cargado de cadenas.

Un incidente oscureció todavía lo que ese simulacro de justicia tenía de odioso.

Judas confesó la inocencia de aquel á quien el Sanhedrín declaró un blasfemador. El traidor, viendo á Jesús condenado, fué sobrecogido de remordimientos. Las consecuencias de su crimen le espantaron. Tomó las treinta piezas de plata y vino á decir á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos:—Yo he pecado, al entregar la sangre inocente.—¿Qué nos importa dijeron ellos, este es tu negocio. Entonces desesperado, arrojó el dinero en el Templo, delante de ellos, tal vez hasta en la sala en la que el Sanhedrín había pronunciado la sentencia. Esos formalistas que acababan de cometer la más espantosa de las iniquidades, tuvieron miedo de esos denarios; ellos les parecieron manchados:—Este es el precio de la sangre, decían, no es permitido ponerlo en el Tesoro.

Se deliberó, y se decidió comprar con el dinero del traidor el campo de un alfarero, á fin de sepultar allí á los extranjeros.

Judas no conoció la humildad que salva, las lágrimas del arrepentimiento, la confianza en Dios. Su traición le pareció por encima de todo perdón: él se marchó, ciego de desesperación, y se ahorcó.

¹ Mat., XXVII, 5. Cf. Act. I, 18.

Se admira que inmediatamente después de su condenación, los Judíos no hayan lapidado á Jesús, como más tarde ellos lapidaron á Esteban. Pero desde que ellos estaban sujetos al poder romano, desde que el pontificado había abdicado toda independencia, y que la política saducea prevaleció en el Sanhedrín, el derecho de vida ó muerte,—ese gran atributo de la soberanía,—había desaparecido. La alta asamblea, aun juzgando lo que pertenecía á su tribunal, no sentenció á pena capital; ella se contentaba con los juicios que para ser definidos y válidos, tenían necesidad de la sanción del gobernador. La ejecución estaba reservada á la autoridad romana y á sus agentes.

Jesús fué llevado ante Pilatos. Fué por la mañana. El pretorio tocaba á los muros del recinto del Templo y formaba parte de las construcciones colosales de la torre Antonia, elevada en el ángulo Noroeste del gran cuadrilátero que comprende todos los edificios sagrados. Ahí era en donde habitaban inexpugnables, la cohorte romana y el gobernador. La gran torre central estaba flanqueada por cuatro torres ligadas entre sí por edificios sólidos como murallas, rodeadas de fosos profundos. Hubiérase dicho que era una ciudad, al ver las dimensiones de ese monumento; en el interior, todo estaba arreglado como una fortaleza, y ahí se encontraba el lujo de un palacio.

Pilatos, que residía en Cesárea, venía á Jerusalem en las grandes solemnidades. La presencia del gobernador era exigida por la afluencia de Judíos. Esas fiestas nacionales se pasaban raras veces sin turbaciones fomentadas por el fanatismo de los Zelotas.

Los miembros del Sanhedrín acudieron á la casa de Pilatos. Era la hora matinal, pero la justicia romana tenía sus audiencias á toda hora y desde la salida del sol.

Pilatos, prevenido la víspera, puesto que su jefe de cohorte había tomado parte en el arresto de Jesús consintió sin duda en recibirles, desde que ellos se presentaron.

Ellos entregaron á Jesús, quien entró al pretorio; pero ellos rehusaron franquear el suelo del palacio. Ellos debían comer la Pascua en la noche, y si hubieran entrado en una casa pagana, ellos hubieran contraído una mancha que prohibía los festines sagrados.

Pilatos debió abandonar el pretorio, y de pie, en la puerta misma de su palacio, vino á tratar con los Judíos:

—¿Qué acusación traéis contra ese hombre?

La respuesta fué arrogante y breve:—Si él no fuera un facineroso, no os le hubiéramos entregado.

Esos jueces soberbios no admiten que su sentencia pueda ser invalidada y discutida; lo que ellos quieren del gobernador, es que él ejecute inmediatamente; desde que ellos han pronunciado, la causa está arreglada; no hay más que castigar.

Pilatos no parece dispuesto á este papel de ejecutor.—Si es así, dijo, tomadle, vosotros y juzgadle conforme á vuestra ley. Castigad vosotros mismos.

Entonces los Judíos le dijeron: No nos es permitido matar. Ellos hacen confesión de su dependencia. La muerte de ese hombre es la que quieren, y ellos declaran que el derecho de matar, no le tienen.

En otro tiempo, lapidaban á los profetas, y nadie duda que Jesús hubiera sufrido el suplicio de la lapidación, si el odio judío, autorizándose del odio de Pilatos: "Castigadle vosotros mismos," hubiera estallado; pero todo debía cumplirse como Jesús lo había dicho. Dios conduce todo en la vida y en la muerte de su Hijo; él quiere que sea crucificado, él lo será.

Entonces para determinar á Pilatos á obrar, los judíos consienten en exponerle la causa y en someterla á su apreciación.

—Este hombre, dicen ellos, pervierte á nuestra nación; él prohíbe pagar el tributo al César y él se pretende el Cristo-Rey.

La perfidia y la falsedad de esos motivos de queja son insignes. Esta acusación formulada contra Jesús es del todo política; ahora, ¿no es evidente, para cualquiera que haya seguido paso á paso la acción del Profeta, que él siempre se abstuvo de lo que podría traer un trastorno del pueblo? Interrogado por los emisarios astutos del Sanhedrín respecto al deber de pagar el tributo á César, no se había pronunciado categóricamente por el tributo? ¿Y el reinado mesiánico, al que se le reprocha pretender, qué tenía de común con la dominación política?

Pilatos entró al pretorio y llamó á Jesús. Jesús estuvo de pie ante el gobernador. Sólo la política interesaba al romano. —¿Sóis el Rey de los Judíos? le dijo. La pregunta era ambigua. En el sentido judío, no, Jesús no era rey; pero en el sentido espiritual, sí; él es rey. Jesús quiso esclarecer la cuestión —¿Decís esto por vos mismo, ú otros os lo han dicho de mí? preguntó. —¿Acaso yo soy Judío? dijo Pilatos. Vuestro pueblo y los pontífices os han entregado á mí. ¿Qué habéis hecho?

Jesús, queriendo esclarecer al gobernador quien le entregaba con cierta sinceridad, respondió:

—“Mi reino no es de este mundo. Si él fuera de este mundo, mis servidores combatirían para que no fuera entregado á los judíos; pero, ahora, mi Reino no está aquí.”

—En fin, replicó Pilatos, sorprendido, ¿soís entonces Rey? Después de haber dicho como él entendía su Reino, él podía responder firmemente y sin equívoco:—“Vos lo habéis dicho: Yo soy Rey.”

E insistiendo en este título, añadió: “Yo he nacido y he venido al mundo á fin de dar testimonio á la Verdad.—Todo el que es de la Verdad escucha mi voz.”

Jamás Romano letrado había escuchado de los sabios, sus maestros, palabras semejantes á las que Pilatos escuchaba, en su pretorio, de boca del acusado Jesús. ¿Qué era el genio de Roma fundando sobre la fuerza el imperio universal, al lado

de Jesús fundando el imperio de la Verdad sobre su propio testimonio y sobre la fe en su misión divina?

El gobernador no era de aquellos á quienes la verdad apasiona y quienes la llaman con un corazón inquieto. El no tuvo más que una palabra de indiferencia escéptica.—¿Qué es la Verdad?—preguntó, distraído, y sin esperar la respuesta, persuadido que no tenía delante de él sino á un soñador ó á un sabio, pero con toda seguridad no á un ambicioso temible para la paz y los derechos de César, salió de nuevo y vino á decir á los Judíos:

—Por lo que á mí toca, yo no hallo ningún crimen en él.

Si, al menos, ese político sin convicción había tenido el cuidado de la justicia, él hubiera cumplido inmediatamente con su deber y enviado á Jesús libre. Pero Pilatos era de esos hombres que ponen su interés por encima de todo, prestos á sacrificar el derecho si su interés lo exige. En el fondo, él tiene miedo de los Judíos y teme descontentarles; él sabe su fanatismo y él les tolera. El, que sabía usar de la fuerza para contenerlos, va á mostrarse débil, irresoluto, é intentar todos los expedientes de la astucia. Pero las pasiones que rugen ante su palacio serán más fuertes que él; creyendo calmarlas, las irritará; él terminará por cedérselos todo, y por llegar á ser, casi á su pesar, el instrumento de su cólera contra el inocente á quien no tiene el valor de salvar.

No era una conmoción popular, eran la envidia, el odio y la intriga de las autoridades judías quienes reclamaban de él la sangre de Jesús. A él le era fácil someter á ese poder sacerdotal, habituado á todas las complacencias y á todos los servilismos. El lo ensayó por un momento; él no tenía por otra parte, ningún interés en intervenir en la condenación de Jesús, y no ocultó á los acusadores que él desaprobaba su sentencia.

Los jefes del complot, los más influyentes y los más encarnizados, renovaron entonces ante Pilatos sus quejas mal fundadas contra Jesús. Todo ese debate tenía lugar al aire libre, delante del palacio; los Judíos, amontonándose al pie de los

escalones de la escalera, y Pilatos yendo y viniendo de la sala del pretorio á la puerta del vestibulo, interrogando á Jesús y discutiendo con los Judíos. No se sabe el detalle de esas acusaciones nuevas; pero el fanatismo y el odio tienen todas las perfidias.

Pilatos volvió hacia el acusado, diciéndole:—¿No escucháis que se multiplican los testimonios contra vos? ¿No respondéis nada? ¡Ved con cuántas cosas os acriminan!

Jesús no le respondió ni una palabra. Este silencio admiró á Pilatos. Las acusaciones de los Judíos redoblaron con más vehemencia. La indiferencia, la molice del gobernador los exasperaban. Ellos levantaron contra Jesús la queja política, y haciendo alusión á su entrada triunfal en la ciudad, dijeron:—El agita al pueblo por toda la Judea, desde la Galilea hasta aquí.

A esta palabra de Galilea, Pilatos creyó haber hallado el medio de descartarse de un negocio que le embarazaba; preguntó si Jesús era de ese país, y resolvió, acto continuo, enviar á Jesús, el Galileo, á Herodes.

El tetrarca se hallaba justamente en Jerusalem para la fiesta, y su palacio estaba cercano al pretorio. La condenación y la ejecución de algunos Galileos habían, según parece, causado recientemente una ruptura entre el príncipe y Pilatos. La ocasión de reanudar pareció excelente á éste último. Al invitar á Herodes para juzgar la causa de Jesús, él reconoció su derecho sobre los Galileos, aún en Judea. Este quedó halagado, en efecto, del paso; y á partir de ese día, Herodes y Pilatos llegaron á ser amigos.

A la vista de Jesús, el tetrarca dejó estallar una gran alegría. Hacía mucho tiempo, deseaba verle. Era un hombre supersticioso y débil; él había oído decir muchas cosas del Profeta de Galilea, y contaba con el espectáculo de algún prodigio. Jesús no era para él sino un objeto de curiosidad, un hacedor de mi-

¹ Luc., XXIII, 7-10.

² Luc., XXIII, 12.

lagros. Se puso á interrogarle, á estrecharle con cuestiones. Jesús no se prestó á las fantasías de Herodes; ante el matador de Juan Bautista, él permaneció mudo.

Las acusaciones de los sacerdotes y de los Escribas se desencadenaron de nuevo: él guardó silencio. Esta actitud humilló é hirió al príncipe, quien se vengó por el desprecio, y todos los cortesanos se asociaron á su desdén. Jesús, á quien se había acusado ante él, como ante Pilatos, de hacerse Rey, fué revestido con un manto resplandeciente, tal como lo llevaban los reyes judíos en los días grandes.¹ Herodes le volvió á enviar, vestido con esa púrpura irrisoria, al gobernador romano.

Pilatos era burlado, su expediente para esquivar el negocio fracasaba. El intentó otra maniobra.

Hizo convocar á los jefes de entre los sacerdotes, á las autoridades y al pueblo.

—Vosotros me habéis presentado á este hombre, les dijo, como sublevando á la multitud; yo le he interrogado delante de vosotros, y no he hallado nada en él de aquello de que le acusáis, Herodes, á quien os he enviado, tampoco. No se le ha convencido de nada que merezca la muerte.

Por lo mismo, le castigaré y le pondré en libertad.

Además, es costumbre que yo ponga en libertad á un criminal el día de Pascua. ¿Queréis que liberte á Barrabás ó al Rey de los Judíos?

Extraña y cruel aberración de la política de los expedientes; ella no es sino debilidad, injusticia y cobardía. Si Jesús no es culpable ¿por qué castigarle? Evidentemente, Pilatos no trata de proteger el derecho, él quiere desembarazarse de una causa enojosa y llevar á los Judíos á renunciar á la muerte de Jesús. El cuenta con calmarles, azotando al acusado. No, el odio no se calma de esta manera. Es preciso refrenarle, ó darle la sangre que él reclama.

Por una complacencia criminal de la que Pilatos debió pre-

¹ Bell., Jud., XI, I, 1.

veer las consecuencias, él no dijo: "Voy á libertar á Jesús; el ofrece á los acusadores la libertad del acusado, y les da la elección entre un revolucionario, un homicida y el inocente."

Mientras que la causa se debatía, un incidente, referido por uno de los Evangelios, vino á confirmar al gobernador en su deseo de salvar á Jesús. Su mujer, una pagana, le mandó decir: No os mezcléis en el negocio de ese Justo: porque yo he estado, esta noche, extrañamente atormentada, en sueños, por causa de él.

La fama de Jesús, quien, desde hacía muchos días, llenaba á Jerusalem, debió haber penetrado en el palacio del gobernador. Nada es más verosímil que la actitud de esa mujer, asustada, en el sueño, por la suerte cruel que amenazaba al Profeta. Los proyectos homicidas de los grandes dignatarios Judíos contra Jesús eran conocidos, y todos aquellos á quienes el odio no extraviaba han debido lamentarla.

La multitud, esperando, se había trasportado delante del pretorio, para pedir, según la costumbre, la libertad de un criminal, en honor de la fiesta. Los jefes la habían excitado y le habían dado la palabra de orden.

El gobernador repitió su pregunta: ¿Cuál de los dos queréis que os liberte? ¿Queréis que libre al Rey de los Judíos?

La multitud vociferó: ¡Guardadle, y entregadnos á Barrabás!

Pilatós, deseoso de libertar á Jesús, les habló todavía. Habla en su conciencia una lucha entre la voz de la justicia que hablaba por Jesús, y la voz de la política que temía algún peligro.

—Vamos, replicó, yo voy á libertar al Rey de los Judíos.

La multitud, notando la pusilanimidad y la vacilación de Pilatos, gritó de nuevo: —¡No, á él no, sino á Barrabás!

—¿Y qué haré entonces de Jesús? dijo. ¿Qué queréis que haga del Rey de los Judíos?

Así ese gobernador de Roma, ese representante armado del derecho, no da órdenes, parece pedir las. El no impone el derecho que tiene por misión defender, consulta el capricho de una multitud amotinada, y sabe que ese capricho es el del odio y de la envidia.

La respuesta no se hizo esperar. Un clamor se levanto: —¡Crucifícale! ¡crucifícale! Pilatos resistió todavía á las pasiones que su debilidad desencadenó. El abogaba por la causa de Jesús, él que debía cortar todo.

—¿Qué ha hecho, pues, de mal este hombre? Yo no hallo en él ninguna causa de muerte. Por lo tanto, le castigaré y le pondré en libertad. Los clamores de la multitud redoblan. Los grandes sacerdotes, también ellos unen su voz á la del pueblo, y se oyen gritos cada vez más fuertes: —¡Que sea crucificado!

Entonces, Pilatos viendo que él no ganaba nada y que el tumulto iba creciendo, tuvo miedo. El había levantado la tempestad: la tempestad le asustó.

Hizo traer agua, se lavó las manos delante del pueblo, y dijo: —Yo soy inocente de la sangre de este justo. Vosotros responderéis de ella.

Y todo el pueblo respondió: —Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

El lavatorio de manos no podría absolver á Pilatos.

El hombre que puede, el hombre que sabe, el hombre que debe, es inexcusable de ceder á la injusticia y á la violencia. Ninguna política podría autorizar el crimen. Ahora Pilatos podía resistir á los Judíos y defender á Jesús, puesto que él tenía la fuerza; Pilatos sabía que Jesús era inocente y que los Judíos le perseguían por odio; él lo reconoció públicamente; Pilatos debía defender y libertar á Jesús; éste era su papel oficial. El fué débil, pusilánime, cobarde y cruel. Su memoria queda cargada ante los cristianos con la mayor injusticia, y ante aquellos mismos que no creen, de una complicidad sin

excusa. La sangre de Jesús que ha caído como una maldición sobre los que la han derramado y sobre sus hijos, cayó sobre las manos de Pilatos. La mancha es imborrable.

Después de haber protestado de su inocencia, el gobernador cedió. Ellos habían pedido la libertad de Barrabás; él les remitió al sublevado, al homicida, al bandido, y entregó á Jesús á su voluntad.

Parece que Pilatos acariciaba todavía la esperanza de salvar á Jesús. Ese hombre tan avisado contaba con la misericordia de la multitud. La religión guiada por las pasiones políticas ó religiosas, es feroz. Ella no conoce á la piedad, es implacable y destructiva como los carníceros. El gobernador va á convenirse. El hizo coger á Jesús y lo entregó á los soldados para ser azotado; esta era la suerte de los crucificados, antes del suplicio.

Jesús fué atado de manos, según la costumbre romana, á una pequeña columna, con la espalda encorvada: y el ejecutor armado de un látigo de correhuelas, teniendo en su extremidad pedazos de hueso ó de plomo, hería á golpes redoblados: tortura atroz á la que el paciente no siempre resistía. Desde los primeros golpes, la espalda quedó desgarrada, la sangre brotó.

Jesús sufrió sin quejarse. Los esbirros lo condujeron al patio interior, y se llamó á todos los soldados de guardia al pretorio. Ellos despojaron al acusado de sus vestidos y pusieron sobre sus espaldas un manto de púrpura. Se entretegió con espinas una corona que fué colocada sobre su cabeza; y se le puso en la mano derecha una caña, á guisa de cetro. Se llegaban á él, inclinándose por irritación, diciéndole: ¡Salve, Rey de los Judíos! Se le abofeteaba. Se le pegó en la cabeza con la caña. Se escupió sobre él y se le doblaba la rodilla.

¿A qué capricho de crueldad obedecían esos soldados? ¿Por qué esta burla odiosa y grosera? El odio de los Judíos era muy vivo entre los soldados romanos; el condenado que se les entregaba era víctima de este odio. Pero había contra Jesús un desencadenamiento tal de las potestades del mal, que sus sugerencias secretas son las únicas capaces de explicar tantos horrores. No se podría sospechar esos detalles. Los que les refieren parecen haberlos visto con sus ojos: sólo los testigos describen con estos colores vivos.

Pilatos, precediendo á Jesús, salió de nuevo al umbral del palacio.—Yo os lo llevo afuera, dijo á los Judíos, reconoced, pues, que yo no he hallado en él ningún crimen.

Inmediatamente apareció Jesús, llevando la corona de espinas y el vestido de púrpura. Pilatos le mostró diciendo:—He aquí al hombre!

Había en esa palabra piedad y sarcasmo: piedad para Jesús cuyo aspecto partía el corazón, sarcasmo dirigido á esos Judíos encarnizados contra una víctima reducida á ese estado lamentable.

Cuando los principales sacrificadores y los guardianes del Templo vieron á Jesús, su odio estalló.

—¡Crucifícale, crucifícale! clamaban ellos á Pilatos. El gobernador, viendo á su cruel expediente fracasar como á los demás, pareció resistir una última vez en hacerse el instrumento de venganza de esos energúmenos. Entonces dijo impacientado: tomadlo vosotros mismos y crucifícale. Yo, yo no hallo crimen en él.

Los Judíos apelan á su Ley. Ya se ha visto con qué justicia ellos la interpretan.—Según nuestra Ley, responden ellos, debe morir. El se ha hecho el Hijo de Dios.

Y ellos intiman á Pilatos á ejecutar la ley.

Al escuchar estas palabras de Hijo de Dios, un temor vago

se apoderó de Pilatos respecto de Jesús. ¿Quién es este acusado que está delante de él? ¿Acaso es un ser extraordinario, un ser divino?

Por otra parte el fanatismo de los Judíos le causa una dificultad creciente; él sabe que ese pueblo exaltado es capaz de todo, cuando se trata de su Ley.

Perplejo y turbado, entra al pretorio con Jesús; y pensando en ese nombre de Hijo de Dios que le preocupa, pero que él no entiende sino á través de sus preocupaciones de pagano, le dijo, como si quisiera tener el secreto de su origen:

—¿De dónde soís?

Jesús no respondió.

Pilatos, ofendido por este silencio, creyó intimidarle:—No me habláis, á mí, al juez: ¿no sabéis pues, que yo tengo la potestad de crucificaros ó de libertaros?

—“No tendríais potestad sobre mí, si ella no os hubiera sido dada de lo alto. Pero aquel que me ha entregado á vos, es más culpable que vos.”

La respuesta de Jesús es la única palabra que se puede invocar en descargo de Pilatos. Ella conmovió al gobernador, quien intentó por última vez salvar al acusado.

Pero los clamores de los Judíos se levantaron.—Si le dejáis libre, vociferaban, no soís el amigo del César. Y volviendo á la queja política tan falsamente levantada contra Jesús, ellos añadieron esta palabra pérfida:

—Cualesquiera que se hace rey es rebelde contra César. Pilatos no resistió más.

Llevó afuera á Jesús adelante del palacio, en el lugar llamado Gabatha; se sentó en el tribunal:—Ved á vuestro Rey, dijo á los Judíos.

¡Levantadle, crucificadle! clamaron á una sola voz los Judíos.

—¿Crucificaré entonces á vuestro Rey? respondió.

No tenemos más rey que César.

Pilatos calló.

En esta lucha del fanatismo religioso contra la política, lucha

de la que el Hijo de Dios era el objeto, Pilatos se dejó vencer; él entregó á Jesús á los Judíos para ser crucificado.

Fué un viernes entre las nueve y mediodía.¹

¹ San Juan dice: *hacia* la sexta hora; San Marcos dice: la novena. La contradicción no es sino aparente. Los Judíos, según se sabe, no tenían más que cuatro horas para dividir el día, la primera, la tercera, la sexta y la novena. Ellas correspondían á lo que nosotros llamamos, las seis, las nueve, medio día y las tres. La expresión de San Juan debe entenderse del tiempo comprendido entre las nueve y mediodía, más cerca del medio día que de las nueve.